
LIBRO

Manuel Tironi Rodó y Fernando Pérez Oyarzún (editores),
SCL / Espacios, Prácticas y Cultura Urbana
(Ediciones Arq, Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Chile, Serie
Teoría y Obra Volumen 9, 2009), 223 páginas.

SCL

Iván Poduje

A mediados de los 60, los Beach Boys vivían en el mejor de los mundos. Eran ricos y famosos y habían descubierto una fórmula para componer éxitos musicales inmediatos. Todo cambió cuando su líder Bryan Wilson escuchó el disco “Revolver” de Los Beatles y sintió que la música rock había sido redefinida por completo por el cuarteto de Liverpool. Luego de deprimirse, Wilson abandonó las giras y se sumergió en una experimentación musical que culminaría con su obra maestra “Pet Sounds”.

Guardando las evidentes proporciones del caso, el libro *SCL Espacios, Prácticas y Cultura Urbana* tiene una historia parecida. Según sus editores la idea surge del impacto, y probablemente de la provocación, que generó el libro *Santiago: Dónde Estamos y hacia Dónde Vamos*, editado por Alexander Galetovic y publicado por el CEP en 2006. Pero si en “Pet Sounds” la idea era profundizar la sicodelia de “Revolver”, en *SCL* el objetivo es justamente el contrario. Su meta es crear un contrapunto con el libro de Galetovic, entendiendo que aquél cerraba una época y abría otra coincidente con un país que ha resuelto muchas necesidades básicas y que debe ser mirado desde un punto de vista más

IVÁN PODUJE. Se tituló de arquitecto en la Universidad Católica de Valparaíso y es Magíster en Desarrollo Urbano por la Universidad Católica de Chile. Profesor de la Universidad Católica de Chile y socio de Atisba Estudios y Proyectos Urbanos. ipoduje@atisba.cl.

cualitativo, tal como lo sugiere Alfredo Rodríguez en su gran tesis de los “con techo”.

En esta nueva ciudad de *SCL*, es momento de reemplazar los datos duros por los estudios etnográficos; de poner en pausa la planificación urbana y de cambiar la foto aérea por un estudio microscópico del barrio y las vivencias de sus habitantes. Junto con ello, el libro busca renovar los estudios urbanos y nos presenta una nueva generación de investigadores sub-40 que podrían tomar esta tarea, relevando a viejos estandartes cuyos enfoques y teorías son cuestionados en varios artículos, lo que hace más entretenida su lectura y eleva las expectativas desde el inicio.

Antes de seguir tengo que reconocer que la temática que aborda *SCL* se aleja del campo de mi especialidad, más vinculada a las políticas públicas que a los estudios culturales urbanos. Además debo aclarar que me tocó participar en dos capítulos del libro de Alexander Galetovic y que elaboré sus planos y las bases de datos que usaron otros autores. Por lo mismo, esta reseña establece varias comparaciones entre ambas publicaciones y puede tener un sesgo más racional y “cuantitativo” para criticar este libro, que he tratado de minimizar en la medida de lo posible.

Hecho el *disclosure*, vamos a la reseña. La estructura de *SCL* es la clásica de un *reader*: se ordena en cuatro capítulos temáticos que agrupan doce artículos de los investigadores sub-40. El primero trata la problemática del espacio público a partir del estudio del mall y la calle. El segundo se aboca a la nueva clase media y a las transformaciones generadas en ámbitos como el condominio cerrado o la renovación urbana del centro. El *core* del libro aparece en el tercer capítulo, ya que ahí sus autores nos muestran cómo es percibido Santiago por ciudadanos no expertos, mientras que el último capítulo toca el tema de la movilidad, analizando el efecto que ha tenido la proliferación del auto, la crisis del Transantiago o las autopistas.

El libro comienza muy bien. El capítulo “Intimidad Cultural de los Espacios de Consumo”, de Ignacio Farías, es uno de los estudios más completos que he visto sobre el rol que cumplen los centros comerciales como espacios públicos de la periferia santiaguina. Su caso de estudio es el mall Plaza Vespucio de La Florida y Farías realmente se sumerge en el mundo del centro comercial, describiendo sus recintos, circulaciones, programas y períodos de uso. Además reporta con minuciosidad las mutaciones que ha experimentado el mall a medida que su área de influen-

cia crece en población e ingreso, con entrevistas que permiten conocer la percepción de los floridianos respecto al progreso, la modernidad o la exclusión que genera este monstruo de 200 mil metros cuadrados.

En base a ello, su autor plantea la tesis de la “mutua creación”, concluyendo que la forma de Plaza Vespucio es resultante de la interacción entre el edificio y los habitantes, pese a lo cual su condición de espacio público se ve mermada por la preponderancia del consumo y la falta del anonimato que sí tiene la calle tradicional. Luego de este interesante debate, el texto pierde fuerza, ya que su autor plantea recomendaciones ambiguas para diseñar políticas urbanas, como la necesidad de diferenciar *espacio* de *lugar público* o la idea de crear espacios *policon-texturales*. Posiblemente Farías olvidó el énfasis dado por los editores en la introducción y buscó cerrar, con poco tiempo y espacio, con estas sugerencias y propuestas. Creo que estuvieron de más.

En “La Calle como Espacio Público”, Daniel Opazo analiza las protestas contra la dictadura ocurridas a mediados de los 80, detectando un curso paralelo entre la recuperación de la democracia y la conquista del espacio público. Para probar su tesis, Opazo elabora mapas muy interesantes que diferencian las concentraciones de población de las protestas que tienen lugar dentro de las poblaciones, de aquellas que ocupan espacios abiertos alejados de los centros de poder y la represión. Lamentablemente las referencias a la ciudad son pocas y se limitan a la diferenciación de los lugares geográficos donde ocurren las protestas, lo que contrasta con una descripción demasiado detallada del contexto político en que éstas se realizan. Por otro lado, Opazo lanza una crítica algo extemporánea al centro cívico de Santiago, mostrando su incapacidad de congregarse nuevas multitudes como lo hicieron los espacios periféricos de las protestas, lo que a su juicio explica, en parte, la crisis de *lo público*. Al igual que en el artículo anterior, Opazo cierra con recomendaciones poco claras, como la necesidad de generar una “idea de ciudad” que refleje “las formas actuales de hacer política”.

La ausencia de la ciudad se hace más evidente en el artículo “Jóvenes Malabaristas del Parque Forestal”, de Rosario Palacios. En este caso, su autora repasa las vivencias de un grupo de artistas callejeros que ocupan una plazoleta ubicada frente del Museo de Arte Contemporáneo (MAC) en el parque Forestal. Palacios relata con talento las historias, expectativas y frustraciones de los malabaristas, así como las contradicciones entre su modo de vida antisistémico y su deseo de ser

reconocidos y de vivir de su oficio, lo que en muchos casos se explica por los niveles de pobreza de sus familias. Se trata de un análisis sociológico interesante y muy bien escrito, pero poco vinculado a Santiago, salvo por el hecho que los malabares tienen lugar en un punto específico y emblemático de la ciudad. Por otro lado, la autora establece relaciones de causalidad muy gruesas entre el fenómeno particular que analiza y las transformaciones sociales y políticas que ocurren en el Santiago post 90.

Este intento por asociar cambios sociales estructurales a situaciones puntuales o cotidianas tiene su máxima expresión en el artículo “Arreglando la Casa Propia”, de Tomas Ariztía, quien revisa el proceso de remodelación de viviendas nuevas en un barrio de clase media de Quilicura. Sin mediar mucha explicación, Ariztía concluye que estos arreglos representan la “materialización de trayectorias de movilización social” y que el *vitrineo* o la copia de las mejoras implementadas por los vecinos pone en duda la tesis del “individualismo competitivo”, demostrando un sentido de comunidad y de pertenencia a un colectivo. Si bien el documento aporta visiones interesantes de los habitantes a partir de entrevistas —como la forma en que las familias priorizan sus recursos—, no expone argumentos suficientes para fundamentar las muchas y variadas tesis que formula. Además el texto abusa de las citas y tiene cierto hermetismo academicista en su lenguaje, con frases como “...las categorías, identidades y procesos sociales emergen a partir de la interconexión de los materiales, espacios y prácticas sociales”.

La ciudad retoma protagonismo en el interesante artículo “Cultura Urbana y Clases Medias Emergentes”, de Christian Matus, que abre el segundo capítulo del libro. Esto pese a que su nombre no tiene mucha relación con el tema que trata. De hecho el autor parte rebatiendo la tesis de la *gentrificación* del barrio Lastarria-Forestal, con argumentos sólidos y bien conectados con su investigación. Nos muestra que tal fenómeno nunca ha existido, ya que el barrio siempre fue ocupado por una elite, sólo que ésta ha mutado en el tiempo. Luego nos describe esta evolución mostrando las sinergias y conflictos que surgen entre la *vieja guardia bohemia* que llega en los 90 y los intelectuales, artistas y minorías sexuales que aparecen en los últimos años, cuando el barrio se pone de moda, lo que coincide con la proliferación de los malabaristas analizados por Palacios. El gran aporte del capítulo es entregar luces sobre una nueva modalidad de crecimiento que podría cambiar algunos

paradigmas tratados en el libro del CEP. Primero deja en evidencia la existencia de un número creciente y diverso de familias que prefieren vivir en el centro antes que en la periferia, aunque su investigación toca tangencialmente al habitante mayoritario de este nuevo territorio, que proviene de comunas de clase media, que poco tienen que ver con la elite artística y *cool* que nos describe.

Como señalé al inicio, el capítulo 3 debiera sintetizar mejor la ciudad que busca presentar *SCL*, al introducir los *imaginarios*, uno de los ejes temáticos más importantes de los estudios culturales urbanos. Esta expectativa se cumple a cabalidad con el notable artículo “Mapas Cognitivos de Santiago del Nuevo Siglo”, de Valeria de los Ríos. Su autora se centra en la ciudad imaginada por los directores de cine Ignacio Agüero y Alicia Scherson en sus películas “Aquí se Construye” y “Play”. En ambos casos vincula de forma magistral la trama y la fotografía de los filmes con el Santiago contemporáneo, estableciendo puentes precisos con conceptos teóricos de autores como Lefevre o Foucault.

En “Aquí se Construye” nos muestra la transformación de un barrio de casas cuando se levantan edificios en su entorno, analizando cómo aquello no sólo afecta la morfología o densidad de esta pieza urbana, sino que las imágenes que construye el protagonista a partir de sus recuerdos y vivencias y que ella denomina “mapas cognitivos”. Este magnífico texto tiene un punto cúlmine. Es cuando describe cómo el ruido de las obras hace inaudible las conversaciones de los arquitectos encargados de los edificios, quienes parecen gesticular como mimos en una realidad paralela a la vivencia del protagonista que mira con nostalgia la transformación de su barrio. Con ello, De los Ríos sintetiza, con una simpleza brutal, una de las tesis centrales que recorre *SCL* y que es el duro cuestionamiento al rol del *especialista* y que luego tratarán Green, Jirón y Tironi en sus artículos.

Con este artículo tan potente, “Ciudad versus Naturaleza en el Imaginario Santiaguino”, de Ricardo Greene, pierde un poco de fuerza, pese a que se trata de un ejercicio interesante en su método y resultados. Acá el autor reconstruye Santiago como un rompecabezas formado por microcuentos escritos por ciudadanos comunes y corrientes en el marco del concurso “Santiago en 100 Palabras”. Con ello busca romper con las grandes narraciones de los especialistas, en particular de los teóricos estructuralistas que explican cualquier fenómeno urbano a partir de la *globalización*, lo que se agradece. Después de armar este rompecabezas,

Green sintetiza el imaginario ciudadano como una gran paradoja: una ciudad cuyo máximo valor es su paisaje natural que no puede ser apreciado por la contaminación que genera su paisaje construido. A diferencia del artículo anterior, el imaginario que nos presenta Green es oscuro y pesimista. Pese a ello, su cierre tiene un dejo de esperanza cuando nos invita a valorar algo tan simple como la lluvia por su capacidad de despejar esta nube tóxica y traer a presencia, aunque sea temporalmente, a la cordillera y los cerros.

El tercer capítulo es el contrapunto más evidente con el libro de Galetovic. Tres de sus autores dan vuelta el enfoque de la movilidad, invitándonos a mirar el auto detenido y no el flujo, el pasajero del Transantiago y no el modelo, y el vecino de las autopistas y no sus usuarios. En “¿Dónde Estacionar?” Tomas Errázuriz elabora su tesis del *enrejamiento vehicular*, quizás la mejor lograda del libro para relacionar proceso social con forma construida. Con gran originalidad el autor da vuelta el argumento de la congestión y nos muestra el protagonismo que adquiere el auto estacionado en la arquitectura de las casas y las calles. El texto se acompaña de fotos muy bien logradas, que muestran cómo el auto adquiere un protagonismo increíble en viviendas de distintos niveles socioeconómicos, formando un volumen transitorio que por tamaño y jerarquía se impone a antejardines, fachadas o accesos peatonales.

En este capítulo las recomendaciones son más concretas. Su autor deja claro la necesidad de incorporar el *enrejamiento vehicular* en el diseño de planes y proyectos urbanos, independiente del juicio crítico que se pueda tener sobre el auto o la idealización del transporte público. Esta última queda completamente destruida en “Prácticas de Movilidad Cotidiana Urbana”, de Paola Jirón. Igual que Greene, esta autora parte golpeando a los clásicos. Su foco son algunos estudios de segregación socio-espacial que cuestiona debido a su énfasis cuantitativo e impersonal.

Según Jirón, para medir la desigualdad el investigador debe acercarse a las vivencias cotidianas, no necesariamente medibles con datos, y al lugar donde éstas se hacen más evidentes. Para ello nos relata el viaje en bus de dos habitantes de la periferia santiaguina, mostrando los matices que experimentan por su condición de género y su localización. La idea no es muy atractiva al inicio. Después de todo, es similar a la expuesta por Agüero con los maestros de la construcción. Sin embargo, a medida que el texto avanza Jirón va mostrando la solidez de su argu-

mento y nos entrega una lectura cruda, clara y distinta para entender el fracaso de Transantiago como política pública. Luego de leer su artículo, queda claro que este enfoque debiera incorporarse en el rediseño actual de este sistema de transportes. Además, su texto nos permite entender a cabalidad el *enrejamiento vehicular* que describe Errázuriz y lo difícil que será revertirlo en la medida que los dos protagonistas de la historia de Jirón aumenten su nivel de renta y puedan escapar del bus.

Luego viene el artículo de Manuel Tironi, uno de los editores de *SCL*. Fiel a su idea de renovar los estudios urbanos, este autor cambia el foco tradicional con que se han estudiado las autopistas urbanas, centrándose en el vecino que convive con Américo Vespucio Norte en una población popular de Recoleta. En esta mirada micro, Tironi replica la tesis de Farías con Plaza Vespucio, y cita a varios autores para concluir que autopista y barrio son una creación colectiva cuyos efectos no pueden mirarse por separado y que por lo mismo se alejan de las predicciones racionales iniciales de los planificadores. Al igual que Greene, Jirón y otros autores de *SCL*, Tironi cuestiona fuertemente el rol del especialista, asumiendo que su mirada *top down* está llena de supuestos que no se cumplen y de omisiones que empobrecen su propuesta. A modo de ejemplo, nos muestra cómo el efecto “barrera” que genera la autopista segregada, y que siempre ha sido percibido como algo negativo, puede transformarse en un beneficio al reducir la inseguridad que existía en el sitio eriazo previo a su construcción. Luego hace un giro similar mostrando las múltiples interpretaciones que tienen las barreras acústicas instaladas para aislar el ruido de los autos y que para los vecinos tienen utilidades tan disímiles como contradictorias.

Al igual que cualquier *reader*, el desafío principal de *SCL* es generar un hilo conductor que dé coherencia a la suma de las partes sin comprometer la libertad de los articulistas. Galetovic lo logró con maestría y mucho trabajo en su libro de 2006. Nos forzó a despejar, con evidencia y datos, un conjunto de mitos que existían respecto al tamaño de Santiago, su extensión y densidad o la efectividad de su planificación. Bajo este contexto, más que centrarse en lo cuantitativo o formular políticas, su objetivo era contestar preguntas y creo que acá radica la diferencia principal con *SCL*. Este último quiere abrir temas, plantear dudas y cuestionar el rol del especialista que mira la ciudad como un objeto abstracto e inanimado. Al principio pensé que éste era el hilo conductor.

Mal que mal, estaba presente en casi todos los artículos y era un tema recurrente en los escritos de uno de sus editores.

Esta percepción cambió cuando Alexander Galetovic me contó que tuvo que comentar *SCL* en un encuentro en la Facultad de Arquitectura de la UC y que al tratar de resumirlo lo imaginó como un cuadro puntillista de Santiago. Esta conversión me sirvió para encontrar un mejor hilo conductor de sus artículos. Me llevó a concluir que el factor común de *SCL* es ser un mosaico que nos presenta esta megaciudad desde escalas muy pequeñas, casi objetuales o arquitectónicas. Esta aproximación tiene problemas y ventajas. Dentro de los primeros está el sesgo a extrapolar realidades universales a partir de situaciones muy puntuales, con una representatividad bien discutible. El caso más evidente son los cambios sociales que se derivan de la remodelación de patios o mansardas o de los movimientos corporales de un grupo de malabaristas.

La ventaja de esta aproximación *puntillista* es poner como centro del problema al sujeto principal de cualquier política pública: al habitante de Santiago, y a la forma en que éste percibe la ciudad que será intervenida por los especialistas. Esta aproximación no sólo es original, sino que sintoniza muy bien con las demandas ciudadanas que emergen en el Santiago de 2010 y que han puesto en jaque los enfoques tradicionales de planificación y diseño urbano. Por lo mismo, más que un contrapunto antagonista, *SCL* toma la posta que abre el libro del CEP y deja en evidencia, quizás con algo de provocación, la necesidad de editar un tercer libro que pueda mezclar estos dos mundos. Sólo por ello es una lectura absolutamente recomendable.

Palabras clave: Santiago (Chile); urbanismo; ciudad; cultura urbana; espacio público; transporte urbano. □